

CONFERENCIA SEXTA.

SOBRE EL LUJO.

Señores : el tercero y principal obstáculo á nuestro progreso moral, conforme lo he demostrado en mi última conferencia, es el orgullo de la vida : *superbia vitæ*. El orgullo, que comienza por separarse de Dios, es por sí mismo el principio de toda caída y de toda decadencia humana : su nocion, su origen, sus tendencias, su historia, todo nos descubre ser él la raíz profunda de todo desórden y de toda decadencia moral. Y por un rechazo necesario, el orgullo, que hiere de muerte al progreso moral, da golpes mortales á todos los otros progresos nuestros ; y tanto el progreso científico, como el literario y el social, y hasta el progreso material, reciben del orgullo lesiones profundas, y encuentran en él su mayor quebranto. Así pues, señores, el orgullo de la vida, héteos ahí el grande antagonista, el enemigo capital del progreso, en pos del cual todos corremos. De otra parte, como lo hemos visto ya, el sensualismo y la codicia, cada uno de por sí en su respectivo dominio, hacen obstáculo á nuestro progreso : y así es, que á estas palabras de san Juan : *Todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida*, podemos añadir nosotros estas otras, que forman el resumen de nuestra predicacion : Todo lo que en nuestro siglo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, es obstáculo á nuestro progreso moral.

En vista de ello, señores, si nosotros queremos sinceramente el pro-

greso, ya sabemos donde está el mal que debemos atacar : el mal no se halla, nó, fuera de nosotros, sino que está en nosotros, en tanto, que es nosotros mismos; y el progreso moral del mundo será la victoria conseguida por cada uno y por todos contra ese enemigo del progreso, siempre antiguo y siempre nuevo, esto es, la concupiscencia, ó sean las pasiones vueltas contra su fin.

Yo podría concluir aquí la demostracion de los obstáculos que encuentra el progreso : pero ántes de dejar este punto de vista, que es tan grave en la cuestion que nos ocupa, debo, para completar mi idea y satisfacer vuestras necesidades, señalaros un postrer obstáculo que resulta de los tres referidos.

Cuando el mal se hizo en el mundo, esas tres dominaciones, que no hacen mas que una, el reinado del orgullo, el de la codicia, el del sensualismo, esas tres miserias produjeron á su vez, como su fruto natural, un mal que por su naturaleza misma está íntimamente unido á esas tres hijas de la concupiscencia : mal singular, que engaña á los pueblos, deslumbrados por un brillo fingido; miseria profunda, cubierta de envolturas brillantes, tanto mas peligrosa y fatal á la humanidad, en cuanto las naciones, que están plagadas de ella, toman este aderezo, que la disfraza, como un signo de prosperidad social y de progreso humano. Esa miseria complexa, y llena á la vez de todas las seducciones y de todos los peligros, ya la habeis nombrado vosotros : es el *lujo*; el lujo, producto simultáneo de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos, y del orgullo de la vida. El sensualismo lo produce; porque, como él y con él, halaga los sentidos y sonríe á la carne. La codicia lo produce; porque la riqueza, ambicionada por los codiciosos, es para el lujo un alimento necesario. El orgullo lo produce; porque con el brillo y las pompas del lujo, el orgullo hace al hombre una grandeza prestada, que exalta las almas con el adorno de los cuerpos. El lujo tiene el orgullo por padre, la sensualidad por madre, y la codicia es como su nodriza.

Ahora bien, yo digo, señores, que el lujo constituye en nuestros dias un hecho dominante de la mayor importancia, y sobre el cual conviene no engañarse; que este hecho produce los efectos mas desastrosos en el punto de vista en qué nos hallamos; y que por lo mismo impone, á aquellos que tienen en la mano el poder de disminuirlo, la

obligacion urgente de resistir á sus tendencias. Es todo el asunto de este discurso.

I. Y en primer lugar, observemos, señores, para hallarnos en la plenitud de la verdad, que la palabra *lujo* tiene sentidos algo diferentes que no debemos confundir. El lujo, en su sentido muy comun, indica cierto brillo de las cosas, y cierto aderezo de los hombres, que produce por sí mismo la vida social y el progreso de la civilizacion material. El hombre tiene naturalmente pasion por todo lo que es bello, brillante, armonioso : en la belleza exterior de los hombres y de la sociedad ama, por decirlo así, un reflejo de aquel orden y de aquella belleza, de la que lleva en el alma el instinto, imposible de desarraigar. El hombre, rey de la creacion, tiene derecho de llevar sobre sí y al rededor de sí alguna señal de su dignidad real; y cuando pide á la naturaleza y á la industria que le hagan una habitacion y un vestido que sean dignos de él, ejerce un acto de soberanía legítima. El cuerpo humano por otra parte, despues de la caida, no es bello á la vista, sino cuando le han adornado las manos del pudor; y el hombre civilizado no halla, sino en su vestido, toda su belleza soberana : verdad social y artística al mismo tiempo, de la que deberían acordarse un poco mas nuestros artistas para disminuir en sí mismos esa pasion de pintar la desnudez humana, que rebaja el arte junto con las costumbres, y prohíbe al pudor el que admire sus obras maestras.

Tiene pues el lujo un sentido legítimo, y al mismo tiempo una medida que la decencia determina y la virtud misma hace adivinar. Hay, en las sociedades bien ordenadas y en las civilizaciones bien constituidas, un signo natural de la gerarquía social; cuando se halla contenido dentro de sus límites, completa el orden en vez de destruirlo; y hasta el catolicismo, encaminando este lujo legítimo á su verdadero destino, le da una consagracion religiosa, haciendo de sus templos espléndidos y de sus santuarios radiantes como una aparicion de la belleza de los cielos.

Pero hay un lujo, que no es mas que el fruto de la concupiscencia, lujo inmoderado y sin freno, prodigalidad insolente de aderezos, de adornos y de dispendios; tendencia ilegítima y loca, que en vez de detenerse en los límites de lo necesario ó del decoro, olvida lo necesario y traspassa todo decoro, para volver todas las ambiciones y todos los de-

seos hácia un superfluo sin motivo y suntuosidades sin razon. El lujo, por fin, arrastra tambien hácia la quimera de un acrecentamiento indefinido. Hé aquí el lujo de qué se trata, cuyo fenómeno debo, ante todo, haceros ver que existe, tanto en las ideas, como en las aspiraciones y en los hechos.

Y en primer lugar, señores, es una cosa muy digna de notar, que ese lujo, tal como acabamos de definir, el lujo que corre, junto con el goce, hácia un acrecentamiento indefinido, es en este siglo una idea dominante. Yo he dicho al comenzar esta predicacion : « El progreso es la idea del siglo : » y aquí puedo añadir : « El lujo es la idea del siglo. » Y no debemos extrañarlo. Segun la opinion de los hombres deslumbrados por las fascinaciones del progreso material, el desenvolvimiento indefinido del lujo y el progreso de la humanidad no son dos cosas distintas, sino una misma cosa ; ó si son realmente dos cosas distintas, lo son del mismo modo que el efecto es distinto de la causa, y el medio distinto del fin. En las nuevas teorías, permanecen los dos tan estrecha y necesariamente unidos, que en el estado normal de las sociedades el uno debe ser la razon, el medio y el resorte del otro. El siglo sienta como un principio el acrecentamiento indefinido del goce, y exige como consecuencia el acrecentamiento indefinido del lujo. Si el acrecentamiento indefinido del goce es el supremo ideal, en pos del cual marcha la industria material, como queda anteriormente establecido ; el desenvolvimiento progresivo del lujo es uno de los resortes mas poderosos para obtenerlo, ó á lo ménos para acercársele siempre. En ello consiste, en sentir de los ingenios de este tiempo rebajados hasta la materia, lo que ellos llaman en el lenguaje que han inventado, la *idea progresiva*.

Y hé aquí lo que caracteriza, en el fondo, el lujo de nuestro tiempo : ya no es como en otro tiempo en Babilonia, en Tiro, en Roma ó en Cartago, un hecho puramente material, que salia por sí mismo del reinado de las tres concupiscencias ; es un rodage constitutivo en el mecanismo de las sociedades modernas : ya no es un accidente, es un sistema ; ya no es un simple fenómeno, es un principio, una doctrina, una idea.

Pero ¿qué digo? En el fondo de los nuevos sistemas, la aceleracion indefinida del lujo en la humanidad es mas que una idea, mas que un

principio ; es un dogma. Sí, señores ; para los grandes pontífices de la industria sensualista, que no quieren otro Dios que la materia, otro templo que la fábrica, ni otra religion que el goce, el lujo es un culto, y su acrecentamiento indefinido está escrito como un dogma en el símbolo del porvenir. Nada semejante se habia visto nunca ; y estaba reservado á este tiempo de perturbacion inaudita el buscar para todos sus excesos una consagracion doctrinal, y pedir á la ciencia, y aun á la religion, que legitimen todos sus vicios. Cuando el lujo ha visto al orgullo, bajo el nombre de independenciam, ensalzado como la verdadera grandeza social ; la codicia, bajo el nombre de especulacion, enseñada como la ciencia de la vida ; el sensualismo, en fin, bajo el nombre de bienestar, consagrado como una cosa santa : entónces el lujo ha venido á su vez á pedir á los nuevos predicadores, que legitimen su reinado sobre las generaciones presentes. Él ha dicho á los teóricos del sensualismo, á los filósofos de la industria y á los teólogos de la fruicion : « Id, enseñad las naciones á reconocer mis derechos y aceptar mi imperio : decid que yo soy legítimo, como es legítima la felicidad ; que yo soy útil, como es útil el bienestar ; que yo soy necesario, como es necesario el pan ; santo, en fin, como es santa la religion. » No se han hecho sordos á este llamamiento los apóstoles del lujo ; y han predicado, con una elocuencia tanto mas sonora cuanto mas hueca, la utilidad, la necesidad, la legitimidad, la santidad, la religion del lujo. Ellos han explicado, comentado, embellecido, por medio de una fraseología redundante, la paradoja de la civilizacion que nos preparan. Ellos han dicho : El acrecentamiento indefinido del lujo es el remonte de la industria, es la elevacion del trabajo, es la aceleracion del comercio, el movimiento del capital, la multiplicacion del producto y del consumo. El acrecentamiento indefinido del lujo (¿quien lo duda?) es la fortuna del rico, el bienestar del pobre, la felicidad de todos. Moderad el desarrollo del lujo : y entónces... ¡cuantas máquinas van á destrozarse, cuantas industrias van á decaer, cuantas fortunas van á hundirse, qué de brazos van á quedarse inertes, qué de bocas van á tener hambre, qué de miserias van á revelarse, cuantos gritos van á oirse, cuantas amenazas van á atronarnos, y... (¿quien sabe?) cuantas revoluciones van á venir!

Señores, yo no discuto aquí esa apología, ó mas bien esa filosofía del

lujo sin medida y sin término, que ha seducido (lo sé bien) muchos corazones generosos y muchas inteligencias llenas de celebridad. Yo hago ver solamente cual es la corriente de las ideas contemporáneas: y si vosotros quereis leer los libros y escuchar los discursos; prestar atención, tanto al oriente como al occidente, al eco de las voces y á la respiración de las almas; os convenceréis de qué con estas palabras no hago mas que formular ideas, diseminadas en la atmósfera de las inteligencias del mismo modo que lo están los granos de polvo en el aire que nos rodea y nuestros pulmones respiran.

Ahora bien, tal es la ley de las cosas y la naturaleza del hombre: las ideas, que llegan á hacerse dominantes en una generación, determinan en las almas aspiraciones conformes á ellas. Así es, que el lujo, que tenia ya entre nosotros como en todas las otras partes, su motivo de existir y su causa eficaz en el sensualismo, la codicia y el orgullo del siglo, ha recibido del soplo poderoso de las ideas un empuje prodigioso que arrastra en nuestros dias á todas las almas. La pasión del lujo ya no es lo que fué en otros tiempos, la pasión reservada á una clase de la sociedad: lo mismo que una lepra universal, ataca á todas las clases de hombres, y con ellos á todo el cuerpo social. La grande aristocracia quiere ser igual á los reyes, y la pequeña aristocracia ser tanto como la grande. El hombre acomodado aspira á aventajar al noble, y hasta el proletario pretende no ser ya inferior al hombre acomodado. El lujo dice al pueblo que nada posee: «Toma ese ajuar, y serás como el propietario.» El lujo dice al simple propietario: «Toma ese vestido, y serás como el noble.» El lujo dice al noble: «Toma esa librea, ese tren, ese equipaje, y serás como un príncipe.» El lujo, en fin, dice á todos, exaltando la imaginación y avivando los deseos: «Alimentáos mejor, tened mejor vivienda, llevad mejores vestidos, y seréis como dioses, *eritis sicut dii*.» Así el lujo ha venido á ser la universal fascinación de las almas, y la mayor seducción de los deseos en todas las clases y condiciones. Salido de las cumbres de la sociedad, ó contenido en sus justos límites, era una señal de distinción y de superioridad social: él ha provocado de arriba á bajo, al exagerarse, imitaciones locas y remedos desastrosos; por manera que de un extremo de la jerarquía social al otro, hay en los muebles, en los festines, en los aderezos y en las habitaciones, una lu-

cha tal de esplendores, de suntuosidad y de bienestar, que casi podría decirse que el orgullo compite con el orgullo, el sensualismo con el sensualismo, y la codicia con la codicia. Pasión inmoderada y febril, que la industria misma, por otra de sus aberraciones, favorece con todas sus fuerzas, poniéndose con sus invenciones al servicio del lujo, y dejándose arrastrar á esta corriente de las concupiscencias, las que la convierten toda á su provecho; de la misma manera que esas máquinas que el viento hace andar, y que se vuelven hácia él para recibir su soplo, su impulso y movimiento.

Y en efecto: ¿qué es lo que he visto yo en esta sociedad entregada sin medida y sin freno á esos furiosos atractivos del lujo? ¿Qué es lo que he visto por todas partes y en todas las clases de la sociedad bajo diferentes formas y proporciones? El mismo mal que vive, que crece, que os amenaza.

Yo he visto á los ilustres de la fortuna ostentar un fausto, que los reyes de Persia tal vez hubieran admirado; dando festines que Sardapalo se hubiera asombrado de verlos, y acelerando en orgías, destinadas á satisfacer sus pasiones, un movimiento desastroso que prepara su ruina.

Yo he visto la pequeña fortuna, destruyéndose á sí misma con esfuerzos insensatos para imitar á la grande; y darse, á fuerza de lujo, un brillo que no era mas que falsedad. Yo he visto las rentas de la familia y el porvenir de los hijos, delapidados de año en año por un lujo insaciable. Yo he visto jóvenes, consumir, en suntuosidades llenas de deshonra, un patrimonio lleno de sudores, cuando no sea de lágrimas de sus ascendientes; he visto maridos, devorando en pocos años el dote de sus mujeres, echado como una presa á su furor de gastar; y por otra parte, he visto mujeres, dejándose arrastrar, á fuerza de sensualismo y de vanidad, á dispendios secretos que no son mas que robos disimulados, y sepultando dentro de los pliegues de sus vestidos el sueldo de un marido empleado, reducido á veces por esas locuras ruinosas á ir á buscar en la Bolsa una última esperanza, para no hallar quizá mas que una suprema desesperación.

En fin, yo he visto en nuestros dias lo que no se habia visto todavía: en el último escalon de la fortuna la pasión del lujo que se ha hecho popular. ¡Yo he visto á los hábiles del siglo, beneficiando en provecho

suyo esa pasión funesta, construir para aquellos que apenas tienen lo necesario, palacios como los de Babilonia, en los que entra el pueblo, al través de magnificencias encantadas, para aumentar sus deseos más bien que para apagar el hambre !...

II. Ved ahí, señores, en resumen la fisonomía del siglo por lo que toca al lujo. Y si tal es la fisonomía del siglo relativamente al lujo, ¿cuales serán las consecuencias del lujo con respecto á la cuestión del progreso? Ese lujo, tal cual acabo de describirlo, ¿es un bien ó es un mal social? ¿Es una fuerza ó una flaqueza? ¿Es una miseria ó una prosperidad? ¿Es, en fin, en el punto de vista de los verdaderos intereses del mundo y de las verdaderas grandezas de nuestra humanidad, un progreso ó una decadencia? Ya lo sé bien : aquí no faltan hombres, que tienen sobre este punto su tesis sentada de antemano. Si esos tales no demuestran su idea, hacen lo que es más fácil á su talento y tiene más fuerza sobre la imaginación de los pueblos : ellos la formulan como un principio, la sientan como un axioma, y dicen : «El acrecentamiento indefinido del lujo es el honor de nuestro siglo, es la conquista de nuestro ingenio, es el indicio de nuestra prosperidad, es el impulso de nuestro progreso. ¿Como podría negarse ese hecho tan notable, obra de la civilización moderna?»

Señores, no nos dejemos sojuzgar por el prestigio de las palabras : profundicemos un poco las cosas ; y veremos luego, que en ese lujo contemporáneo hay un verdadero peligro social y señales bien evidentes de decadencia verdadera.

Tocante á los peligros del lujo en general, pasemos por alto ciertos cuadros que ya se han hecho vulgares, y nada costaría al orador el describirlos ; y fijémonos sobre algunos puntos, que son para nosotros más de circunstancia y más vivos.

Una de las grandes necesidades de estos tiempos es, como dije un año hace, la donación voluntaria de los bienes, con el objeto de compensar, por medio de beneficios gratuitos, la desigualdad social, y unir en un amor mutuo á generaciones separadas por la fuerza de las cosas ó la injuria de los hombres. Yo no debo probar otra vez lo que senté entonces, esto es, la necesidad de cegar el abismo de la miseria por el solo poder capaz de cegarlo, quiero decir, la donación fraternal y voluntaria de los bienes. Ahora bien, delante de esta necesidad del siglo

que se manifiesta cada día más profunda por medio de aspiraciones terribles y teorías más terribles aun, hé aquí el efecto que produce el aumento indefinido del lujo : *la disminución progresiva de los dones voluntarios*. El lujo, poniéndose al servicio de la concupiscencia, agota los manantiales de la donación, y prodiga al egoísmo los tesoros de la caridad. Los publicistas, los moralistas y los predicadores de estos tiempos se han complacido muchas veces en atacar en sus libros y discursos los muebles de vuestras casas, los atavíos de vuestras mujeres, y en estigmatizar hasta la forma y la proporción de vuestros vestidos. Señores, yo soy de opinión, que lo que importa señalaros como peligroso, no es ni la forma ni la dimensión que consagran entre nosotros los caprichos de la moda. Toda forma es buena con tal que sea la salvaguardia del pudor, como también del respeto que la humanidad se debe á sí misma. A más de que, el ridículo, que es tan poderoso en nuestra Francia, se encarga, él solo, de reprimir la moda ; y corrigiendo sus descarríos, hacerla volver á las formas y proporciones que el sentido común autoriza. Pero lo que hay de grave en esas formas ligeras, es el fondo : ¿y sabéis vosotros lo que hay de grave y aun de terrible en el fondo de esas modas, al parecer tan inocentes é inofensivas? Es la locura del dispendio egoísta y orgulloso, que agota, ó á lo menos disminuye sobre manera, aquellos manantiales abundantes, á los que, si no existieran esos abusos, irían á apagar su sed tantas miserias.

Es más que cierto, que todo lo que devora el lujo en vestidos, festines y mueblaje, no puede alimentar, ni vestir, ni saciar al pobre. Vosotros poseéis lo que realmente poseéis : por ricos que seáis, vuestra renta no puede subir al infinito ; es preciso siempre, que el total se resuma y se exprese por un guarismo. De ese guarismo tomad lo que exigen las necesidades de la vida, el rango, la decencia y la posición social. Yo hago la parte á todo lo que es legítimo. Hecha esta parte, ¿qué os queda? Esto se expresa también por un guarismo : es el guarismo de lo que podéis dar sin perjudicar á vuestra consideración, sin faltar á las exigencias de vuestra posición : ese guarismo es lo que puede llamarse el presupuesto de la caridad, esto es, la parte de los pobres. Y siendo esto así, ¿no es evidente que, si el lujo arrebatado por el huracán del siglo exagera indefinidamente sus exigencias ; si todos los años viene á decir : «Necesito ese vestido é irremisiblemente ese vestido,